

Carolina Naya Franco: *El joyero de la Virgen del Pilar. Historia de una colección de alhajas europeas y americanas*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2019, 556 pp.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/bsaaa.87.2021.397-398>

Desde su remodelación en 2015, el denominado Museo Pilarista exhibe más de 500 alhajas que las promesas de fieles –principalmente devotas– fueron ofreciendo a la Virgen. Originalmente, el Joyero ocupaba un armario junto a la Santa Capilla y a la imagen de la Virgen para facilitar la colocación de las coronas y el colgado y descolgado de las alhajas en el manto, tal y como entonces se mostraban prendidas como expresión de la devoción y personalidad de los donantes y exhibición de la riqueza de la imagen de la Virgen del Pilar. Era costumbre de muchos siglos que, cuando un personaje viajaba a Zaragoza, la primera visita la hacía a la Santa Capilla y, a continuación, pasaba a la sacristía, donde le mostraban los ornamentos litúrgicos más importantes y las joyas de la Virgen.

La doctora Carolina Naya, historiadora del arte, de familia de joyeros y gemóloga, era la persona predestinada para este minucioso trabajo de investigación. Es Especialista en Diamante y Piedras Sintéticas por la Universidad de Barcelona y Perito Tasador Judicial de antigüedades y alhajas artísticas. Por consiguiente, a su formación como profesora de Historia del Arte e investigadora de larga trayectoria une un experto ojo para identificar y valorar joyas de toda época. Además de esta formación y práctica profesional, es autora de un cumplido repertorio bibliográfico de publicaciones sobre joyería histórica en ámbitos eclesiásticos, como *Joyas y alhajas del Altoaragón. Esmaltes y piedras preciosas de ajuares y tesoros históricos* (Huesca, 2017), que han precedido a este estudio –monográfico doctoral– que reseñamos ahora. No está de más afirmar que es la más completa y actualizada investigación sobre este patrimonio artístico religioso que se ha hecho hasta ahora.

La autora ha estructurado el libro en ocho capítulos en los que desarrolla la historia de este singular joyero eclesiástico desde sus orígenes en la Baja Edad Media, los primitivos aderezos de la imagen de la Virgen, las joyas y las primeras donaciones femeninas desde la reina Blanca I de Navarra, María de Luna o la condesa de Ribagorza. En los siglos siguientes figuran los nombres de las marquesas de Camarasa, de Bárboles y de Navarens, de las condesas de Belchite y de Bureta etc., o el de Juana Rabasa (esposa del ministro de Hacienda de Carlos IV), cuyo espectacular ramo o bouquet, donado en 1802, se exhibe desde la subasta de 1870 en el Victoria & Albert Museum de Londres. Y no podían faltar las donaciones de reyes y reinas de España desde Carlos IV con motivo de sus visitas a Zaragoza. Fue durante el siglo XVI y hasta 1620 cuando se produjo una diversificación de los aderezos de la imagen, coincidiendo con lo que la autora define como época clásica de la joyería española. Estas nuevas alhajas son en forma de libritos de horas guarnecidos, de pinjantes de cadenas con figuras de objetos como jarritas, pomas o animales, de entre los que sobresale el

singular león colgante de un collar masculino donado en 1520 por el noble Hugo de Urriés, cuya imagen ha elegido la autora para ilustrar la portada del libro.

Pero desde muy pronto esta gran colección de alhajas fue padeciendo mermas, bien para fundir y componer otras piezas u objetos litúrgicos, o incluso como pago con joyas, por ejemplo, a la viuda de Bayeu por las pinturas murales de este en el templo. Sin embargo, las dos pérdidas de irreparables consecuencias sucedieron en el siglo XIX. Primero durante los Sitios de 1809-1811, cuando el mariscal Lannes se apropió de dieciséis de las mejores piezas (que anotará el cronista Faustino Casamayor), secundado por el mariscal Suchet, que se encaprichó de tres alhajas y su esposa de una “tembladera de diamantes” que parece ser acabó regalándole el cabildo. Después el mayor menoscabo aconteció con la subasta de 1870, en que, salvo las coronas de la Virgen y otras joyas que formaban parte de objetos litúrgicos, se subastaron 523 lotes de piezas. O sea, como exclama la autora, “se vendió prácticamente todo el joyero” para poder terminar las obras del templo. Las mejores piezas las adquirió el mencionado Victoria & Albert Museum, asesorado por el historiador del Arte Juan Facundo Riaño (entonces seguramente la mayor autoridad en artes decorativas), donde pueden contemplarse expuestas.

Estos ejemplos nos dan una cabal idea de la importancia artística y material de las joyas y alhajas donadas por la devoción de particulares de la buguesía, de damas de la nobleza y de las familias reales que fueron configurando a lo largo de los siglos esta colección tan zaragozana.

Concluye la autora el libro con una descripción de la reordenación del antiguo joyero en museo, presentadas ahora las piezas según estilos artísticos que facilitan su comprensión. Lo completa con un glosario de términos históricos de joyería, sacado de la documentación del Archivo Capitular del Pilar, que aporta junto a un apéndice documental desde 1528 a 1837.

MANUEL GARCÍA GUATAS
Universidad de Zaragoza
gguatas@unizar.es